

aciago no habrá FERIA ni para él, ni "pa" la Cruces, ni "pa" los chicos, que todo el esfuerzo será poco para salir de apuros hasta que llegue la nueva cosecha.

Pero no importará. Una y otra vez, los HOMBRES de Daimiel abrirán la tierra con la reja de su arado, sembrarán la promesa del grano y por las tardes encenderán, de nuevo, su esperanza de siempre.

¡Que la vida en Daimiel, es éso: esperanza de cosecha nueva, de vida nueva!!

Y esto ha sido así y lo seguirá siendo, gracias al tesón, al trabajo, a la paciencia y a la bondad de los HOMBRES de este pueblo nuestro.

PROCLAMA DE LAS CALLES Y CAMPOS DAIMIELEÑOS:

De nuevo OS HAGO SABER Y PROCLAMO, que no hay emoción más profunda para el que está ausente, que el recuerdo de sus campos y la nostalgia de las viejas y queridas calles donde pasó su niñez.

Mis ojos, llenos hoy de otras presencias y otros paisajes, guardan todavía la imagen querida de las primeras andanzas y las primeras vivencias.

Cuando cierro estos ojos del cuerpo y dejo volar los del alma, vuelvo a ver las antiguas riberas anegadas de nuestro río-padre el Guadiana; oigo todavía el rumor de sus molinos naciendo el pan: molinos de Zuacorta, del Navarro, Molimochó, La Máquina, Griñón, Flor de Ribera... Y rompiendo la línea recta de la masiega, las chozas de pescadores con sus techos de junco y carrizo.

Paseo otra vez Las Tablas, la Isla del Pan, la del Descanso (¿descansaban allí los viejos cazadores y pescadores del Neolítico de Daimiel?), la de los Asnos, la Martinete, la del Rey, la del Taray, con sus retorcidos arbustos de flores pequeñas y pétalos blancos.

Disfruto otra vez con el antiguo misterio de los "Ojos" de mi Guadiana: "Ojo Ciego", el "Estanque de la Señora" y su triste leyenda de carrozas desaparecidas, al "Ojo del Pico", el del "Sordoco" y el de "Mari López". Manantiales y resurgencias que yo aún recuerdo en plenitud, y cuya visión más reciente, me produjo una penosa impresión.

¡Cómo olvidar en este paseo espiritual, las lagunas de "Escoplillo", "Navaseca", "La Nava", "La Albuera", bordeando esta última la vieja carretera que desde hace tantos años pasan y repasan los hombres de Daimiel, camino del Santuario de nuestra Virgen de Las Cruces!!

¡CAMPOS DE DAIMIEL! ¡Cómo me bailan sus nombres y cómo me gustaría revivir nuestra realidad uno a uno! ¡Lugares que ocupan un sitio importante en el recuerdo de los que ahora estamos lejos de Daimiel! Zacatena; la Duquesa; Casas Altas; la Retanosa; los Blanquizaes; Manchuela; la Vega del Azuer, camino de Manzanares; Rabera; Ureña; Campo de Largo; el Campillo con su vieja estación de refresco para aquellas cansadas y humeantes máquinas del viejo ferrocarril; el Cerro de las Cabezas; campos de Barajas que guardan el recuerdo de viejas batallas; las Tiñosas; los Ardales; Medios Quintos; Pradicos; Bolote; Zurrados; la Espinosa; Gil Pérez...

¡Todos ellos lugares y tierras madres de trigo, de vid, de almendros, de huertas, e panizos, e jaras, de carrascas y de viejas encinas!

¡Cuánto sudor y cuánto trabajo! ¡Cuánta vida enterrada para siempre y cuánta vida por nacer en cada cosecha!

Estos campos seguirán siendo para siempre la razón de nuestra existencia y el soporte físico de un pueblo laborioso y entrañable.

Seguirán siendo estos campos de la tierra mía, la mina donde surgirán frescas, igual que las aguas ocultas de nuestras viejas norias, las mil y una razones del vivir de cada día; las mil y una respuestas que han ido haciéndonos pueblo, desde aquellos primeros daimieleños que hicieron su vida en el Bronce de las "motillas del Azuer".

En esta tierra y en estos campos, está el principio de nuestra existencia como pueblo, de nuestra tradición como comunidad organizada. Y en ella, confundida, están las cenizas de todos los que antes de nosotros, vivieron estos paisajes, y en estas tierras trabajaron y soñaron.

Y si ésto decimos y afirmamos de nuestros campos. ¿qué podremos afirmar del encanto de nuestras calles y plazas?

¿Quién de los aquí presentes, no siente la emoción del recuerdo de la calle o plazoleta donde se hicieron los primeros juegos, donde vivimos las primeras amistades, donde nuestros ojos y nuestras vidas se asomaron por primera vez a otra clase de relación distinta a la de padres-hijos?

Esas calles y esas plazas de nuestras primeras aventuras, que hoy se agolpan y pugnan por salir en este raudal de palabras.

Yo todavía guardo el orgullo de las calles de mi niñez: la calle Jesús, empinada, buscando el refugio y la oración al Nazareno en La Paz, recuerdo aun el baloteo de las llamas de la enorme hoguera de la noche del 23 de enero de todos los años, víspera de la Virgen de La Paz; el Parterre, enorme jardín de niños que vamos e mayores y nos parece mínimo y recoleto, entonces corrido y recorrido mil veces, unas, amigos de Raimundo, el guarda, otras, perseguidos por el frescor de manguera de riego, sabiamente manejada, en los aplastantes calores de aquellos veranos nuestros sin televisión y sin máquinas tragaperras; calles de detrás del Castillo, de tierra pisada y portadas enormes, escenario de escondites y de no pocas peleas callejeras; el barranco de Santa María y el misterio, siempre verde, de las alcantarillas, y luego, ya de mayor, calles de la Magdalena y de la Estación.

Fueron estas calles y estas plazas los primeros estadios para nuestras primeras pelotas de trapo. Sí, de trapo, y ¡qué habilidad tenían algunos para hacer y coiser pelotas de trapo! Más tarde vendrían las de coma y, esporádicamente, alguien aparecía alguna vez con un recosido balón de cuero, de aquellos de lengua.

No eran aquellas nuestras calles, Maracaná, pero servían lo mismo, y nos evitaban el desahucio hasta las lejanas eras del Cristo, que normalmente estaban "ocupadas" por equipos más "potentes", cuando no en desafíos de las muchas "pandas" en que entonces nos "organizábamos" los chicos de Daimiel ¿Estará por aquí escuchándome, mi "jefe" de entonces, José Mari, el "de la Plaza"?

Las calles de Daimiel. Las recuerdo anchas, rectas, blancas, con grandes portadas que se abren a bellos patios encalados, donde duermen su sueño los viejos carros, donde tienen su lugar las frescas higueras y los olorosos panginos que cubren con su sombra los pozos donde se coloca la bebida a refrescar. Y también esos otros patios de Daimiel, de casas de muchos vecinos, con un zaguán corto y empedrado, rectangulares con viejas columnas de piedra o de madera, con una media tina en cada esquina donde vive una flor. Patios donde al caer la tarde, después de regar un poco, salían los vecinos con sus sillas bajas para sentarse y hablar de lo divino y de lo humano, mientras los chicos corríamos por las calles "a tomar el fresco", y en las rejas de las ventanas vivían su momento de amor todos los novios que en Daimiel han sido.

Casas y calles de la Hoya, de Ja Paz, del Alto, de San Roque, de San Isidro, del Altillo... Aquellas viejas calles de rudos y fuertes nombres: Ojo Gordo, Tragacete, Nogildes, la Guerrera, la callejuelilla el Santo, Arnero Ancha, del Aguabuena, de los Perros, del Cacho, de María Oliva...

¡Y esta PLAZA DE DAIMIEL!! Hoy y siempre, corazón y centro. La Plaza, foro, ágora, mercado con sus hombres de pana y drill, lugar de contratación, de segadores, de vendimiadores, descanso de carreteros de "afuera" (¡aquellas posadas en Daimiel, lugar de encuentro!) con sus puertos enlucidos de meones y sandías, y cuando iba a llegar Noviembre, por Todos los Santos, crisantemos y castañeras, todas vestidas de negro, saliendo de las sombras de la tarde gracias a vacilante luz de aquellos candiles de carburo.

PLAZA DE DAIMIEL, testigo mudo que ha visto transcurrir el sueño de generaciones y generaciones de daimieleños. ¡Si pudieras hablar y nosotros pudiéramos escuchar tu voz! ¡cuántos afanes y cuantas palabras!

¡Calles, plazas y campos de Daimiel, yo os saludo!!